

100 años sin León Tolstoi

Por Alberto Ortega Gurza (Revista Caras, México)

León Tolstoi estaba acostumbrado a vivir entre riquezas, llevó una juventud de excesos y romances. Pero después de enlistarse en el ejército y ser testigo de los horrores de la guerra, todo cambió. Creó una filosofía que lo convirtió en el padre de la resistencia pacífica, con la que Gandhi, Luther King, Mandela y otros líderes redefinieron el curso de la historia del siglo XX.

Su esposa temía que en cualquier momento su marido donase su patrimonio a los pobres, incluyendo los derechos de autor de sus obras, tal y como éste había anunciado que lo haría. Se sentía celosa de la estrecha amistad de Tolstoi con el escritor Chertkov, su devoto admirador y amigo, a quien le había entregado varios ensayos y su diario desde 1900.

"La narrativa de Tolstoi es tan natural como la vida que transcurre. Se necesita genio para hacer arte que se asemeje tanto a la vida", dijo Howard Jacobson. "Si el mundo pudiese escribir su propia historia, escribiría como Tolstoi".

A los ocho años, Thomas Alva Edison regresó a su casa llorando desconsoladamente, informando que el maestro lo había calificado de 'estúpido para aprender'; el editor de un periódico despidió a Walt Disney por 'no tener imaginación ni buenas ideas' y el instructor de canto le dijo a Caruso: 'No tienes voz, olvídate de cantar', tras reprobar el primer examen de admisión, finalmente León Tolstoi logró ingresar a la Universidad de Kazan, pero eventualmente fue expulsado por no tener 'ni las ganas ni la capacidad de aprender'.

Una vez fuera de la universidad, pasó una temporada entregado desafortunadamente a todo tipo de excesos en Moscú y San Petersburgo. Después de perder una inmensa cantidad de dinero en apuestas, decidió volver a su casa. Al cumplir 18 años, se hizo efectiva la herencia que lo convirtió en dueño y señor de Yásnaya Polyána, una suntuosa finca situada en medio de una propiedad de 16 km cuadrados, con cientos de siervos.

A pesar de tenerlo todo, se comprometió en un programa de 'auto educación' y 'auto perfección'. Enamoradizo y voluble, quiso ser diplomático, religioso y abogado. Pero siguiendo a su hermano, se enlistó en el ejército ruso y peleó en la Guerra de Crimea, como segundo oficial de artillería. Durante unos días de receso leyó *Confesiones*, la autobiografía de Rousseau. Más que por las ideas del enciclopedista ahí contenidas, quedó maravillado al advertir que



Tertulias Literarias

utilizando la pluma era posible esbozar todo un universo. Aquel día, con ese libro frente a los ojos, descubrió su vocación de escritor.

A los 34 años conoció a Sofía Andreevna, 16 años menor que él. La boda se celebró una semana después de que el enamorado dramaturgo le entregase una proposición por escrito que concluyó con palabras que sólo su futuro marido podía concebir. 'No esperéis nada excepcional de mí ni de la vida. Nunca seréis más hermosa o feliz que ahora; en la existencia no hay más que relámpagos de felicidad. Producidlos, apreciadlos y ¡vivid!'.



En la célebre epístola manifestaba, además, sus deseos de que fuese ella la primera persona en conocerlo de verdad. Con la intención de materializar tal deseo, en vísperas de la boda le entregó a la novia sus diarios íntimos conteniendo detalles de diversos amoríos con siervas de su propiedad, y su romance con Valeria Lesya, hermosa joven de raza eslava con quien tuvo un hijo, y quien aún se encontraba laborando en su mansión de 32 habitaciones.

Sofía parió trece hijos, a quienes logró criar al mismo tiempo que se ocupaba de las finanzas de su esposo y la promoción de su trabajo; desempeñándose también como copista de sus obras. Transcribió siete veces el manuscrito de *La guerra y la paz* de principio a fin; una proeza heroica.

Según su hijo Lyoff, la letra de Tolstói era prácticamente indescifrable y tenía "el hábito terrible de escribir frases completas entre renglón y renglón, en las esquinas de las hojas o en huequitos a los lados; tachaba mucho y marcaba correcciones sin referencia. Después de interpretarlo todo, mi madre pasaba los avances en limpio hasta altas horas de la noche. Muchas veces amanecía dormida sobre su mesita. En la mañana comenzaba su labor como madre de familia. Nunca conocí mujer más perfeccionista y esforzada".

Ansioso por conocer el mundo, viajó sin descanso, anotando en su diario todas sus vivencias e ideas. La información se convertía en la materia prima de sus novelas. Su descriptiva aún no ha sido igualada. Leyendo sus obras es posible conocer la naturaleza de los personajes por el detalle preciso de su atuendo

Abraham Lincoln se convirtió en la mayor inspiración y ejemplo de Tolstói. El escritor jamás llegó a expresarse de alguien "Lincoln fue tan grande que eclipsa a todos los demás héroes. La posteridad verá la grandeza de Napoleón, César o Washington como un rayo de luna al lado del sol de Lincoln. Él es más grande que todos los reyes y presidentes, su brillo jamás se atenuará".

CREATIVIDAD DESENFRENADA

Al ser abandonada por su amante, la esposa de un amigo de Tolstói se suicidó arrojándose a las vías del ferrocarril. Inspirado por la tragedia, el escritor creó *Ana Karenina*, donde licuó amor, hipocresía, celos, fe, fidelidad, pasión, deseo, matrimonio y sociedad en una historia tan bella como terrible, en que la protagonista adúltera teje su propia desgracia, enfrentando sentimientos que fluctúan entre la dulzura y la angustia. Dostoievski calificó la novela como 'una obra de arte impecable', mientras William Faulkner la describió como 'la historia más grande jamás escrita'.

El relato sobre la mujer de belleza asombrosa deja en claro que la razón por la que las cosas no funcionan como ella quisiera es que nadie puede construir su felicidad a costa del dolor de otra persona.

Durante un viaje a Francia conoció a Victor Hugo, su escritor predilecto, y al anarquista Pierre-Joseph Proudhon, de cuya obra copió el título *La Guerre et la Paix*. Pasó los siguientes seis años de su vida escribiendo las 560 mil palabras que integran *La guerra y la paz*, novela penetrante de escala épica que refleja el pulso de toda una era con la precisión de una pintura realista. En la novela aparece el ajedrez como metáfora de la guerra: "¡Al perder una partida, un buen ajedrecista sabe que su derrota fue consecuencia de que ninguno de sus movimientos fueron perfectos!". Y en el

GRUPO B



Tertulias Literarias

capítulo 21 Tolstoi pone en boca de Napoleón otra referencia del juego. "No hay que afanarse por ganar, sino por hacer una combinación interesante".

PARANOIA A LA LUZ DE LAS VELAS

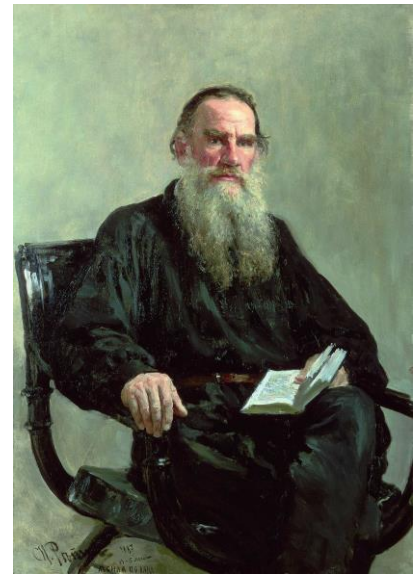
Conforme decaía la salud de Tolstoi, su esposa fue perdiendo el equilibrio mental y el dominio sobre sí. La otrora mujer fuerte, capaz de criar a más de una decena de hijos y ser la transcriptora de la obra de uno de los escritores más prolíficos de la humanidad, sobrevivía en medio de crisis de pánico y ataques de neurosis. Temía que en cualquier momento su esposo donase su patrimonio a los pobres, incluyendo los derechos de autor de sus obras, como éste había anunciado que lo haría.

Sofía Andreevna y Tolstoi habían evolucionado en direcciones opuestas hasta convertirse en dos extraños, unidos exclusivamente por el vínculo matrimonial. Al igual que el resto de sus hijos, la madre sabía que las grandes novelas creadas por su marido eran una mina de oro, con cuyas regalías podrían incluso sustentarse los descendientes de las generaciones venideras.

Tolstoi, un espíritu libre, lúcido humanista, promotor de paz y mentor ideológico de grandes líderes del mundo, no lograba disfrutar del nivel más elemental de serenidad y concordia en su propia casa.

REINA ASESINA

Al fresco amparo de las 6:14, poco después del amanecer del 22 de julio de 1910, el genio ruso de 81 años llegó al bosque de Yásnaya Polyána montando su caballo negro, acompañado de Chertkov, el pianista Goldenweiser y otros cuatro amigos conspiradores. El autor de *La muerte de Iván Ilich* se sentó sobre un tronco caduco y dictó su testamento secreto.



Siete días después de firmar el testamento, un tablero de ajedrez separaba a Tolstoi de su amigo Goldenweiser. "No me resulta agradable jugar contigo, porque casi siempre me ganas, pero esta será la última partida de mi vida y no voy a perder", le dijo el escritor a su mejor rival, el profesor de piano del conservatorio de Moscú.

Tras un agresivo fianchetto de alfil para reforzar el ataque del caballo, vestida de asesina, la reina negra completó la emboscada contra el rey. En una batalla de 25 movimientos el sabio cerró con broche de oro su ciclo en el juego que es sinónimo de inteligencia.

Con un gorro invernal, abrigo negro, capa y calzando botas altas, una noche de octubre el gigante de las letras estaba preparado para dar el paso definitivo. Su hija y él convinieron en reunirse en cuanto tuviese un lugar seguro. Antes de salir por la puerta para convertirse en el fugitivo más famoso del mundo civilizado, Tolstoi dejó una carta para Sofía Andreevna:

28 de octubre de 1910, A las cuatro de la mañana.

Mi marcha te afligirá y lo siento. No puedo vivir más en estas condiciones de lujo. Hoy dejo el mundo para vivir en soledad y recogimiento los últimos días de mi existencia. Sin entender por qué soy y por qué estoy aquí, la vida es imposible. León Tolstoi.

Alexandra Tolstoya le acompañó a la puerta, recibió un beso en la frente y lo siguió con la vista hasta que su carruaje desapareció en la lejanía.

GRUPO B



A las 6 de la mañana del 20 de noviembre de 1910, el mismo día que estalló la Revolución mexicana, León Tolstoi obtuvo su libertad. Entre tanto, Iván Ilich, Hadji Murad y Ana Karenina permanecerán intactos y al alcance de todos, tanto tiempo como viva el mundo, para que nadie se olvide del espíritu fascinante del gran León del realismo novelístico.

Sobre la realidad

por Juan José Millás (Revista de Libros)

No es frecuente encontrar reunidas en un solo volumen dos obras maestras que son capaces de hablar entre sí al tiempo de conversar con el lector. Tal es el caso de *La muerte de Iván Ilich* y *Hadyi Murad*, que tienen algunas cosas en común: su perfección, desde luego, pero también el hecho de estar basadas en sucesos reales y de discurrir sobre estructuras narrativas carentes de complejidades apreciables a primera vista. Podríamos afirmar que se inscriben en esa tradición de lo (aparentemente) sencillo donde también encontramos, por ejemplo, los *Tres cuentos* de Flaubert o, más tarde, *La Metamorfosis* de Kafka. *La muerte de Iván Ilich* está escrita entre 1884 y 1886, mientras que el primer borrador de *Hadyi Murad*, tal como señala Juan López-Morillas en la nota preliminar, data de 1896. Ambas piezas corresponden, pues, a esa época de madurez en la que Tolstoi, tras su conversión religiosa, comenzó a preocuparse por la propagación de la fe. No obstante, como si su poderoso instinto literario hubiera sido capaz aun en esos momentos de separar la literatura de la vida, no es posible hallar en ninguno de los dos relatos muestra alguna de desvarío



místico. Por el contrario, ambos desprenden una contención retórica que constituye uno de sus mayores aciertos literarios. El primero, del que nos ocuparemos en esta reseña, narra la enfermedad y la muerte de Iván Ilich, un funcionario de la Justicia atacado por un mal incurable que se apresta a combatir con el mismo tipo de energía que otros ponen en la construcción de una novela, aunque también con las etapas de desaliento consecuentes. Así, cada pequeño revés se traduce en un avance del mal, en un progreso, podríamos decir, de la no-novela que discurre, paralela y secreta, junto a la carpintería visible del relato fracasado. Iván Ilich intenta de mil formas oponer la escritura de la vida a la escritura de la muerte. Pero aquélla precisa para progresar de un talento que en ésta parece natural. La enfermedad, en fin, pese a los silogismos con que intenta frenarla, se desliza hacia su coronación, el deceso, al mismo tiempo que la salud se precipita hacia el fracaso, sin que el paciente o quienes le rodean sean capaces de dar con un adjetivo o una medicación capaz de modificar el curso de las cosas.

Entonces, Iván Ilich, en un intento por comprender lo que le pasa, revisará obsesivamente todo cuanto ha sucedido en su cuerpo y en su vida, como cuando se recorren las habitaciones de una casa en busca del origen de una mancha de humedad inexplicable. La novela es la descripción de ese proceso a través del cual el entorno del magistrado deviene en una realidad extraña y el personaje se transforma en un náufrago sin provisiones que navega a la deriva sobre la balsa podrida de su salud. Pero aun entonces no dejará de buscar señales capaces de anunciar la proximidad de la tierra o de otro barco que le pudiera rescatar. En ese instante la novela se convierte en un texto sobre la realidad que culmina en la página 81, con un diálogo entre el enfermo y su alma. «¿Qué es lo que quieres?», pregunta aquélla. «Vivir», responde él. E inmediatamente aparece la interrogación fundamental: ¿Vivir cómo? ¿Cómo lo había hecho hasta entonces? Iván Ilich se aplica a la búsqueda de significados que justifiquen su existencia y no encuentra nada real, exceptuando quizá algún pequeño pasaje de la infancia. Todo, observado desde el punto de vista de la agonía, le parece pequeño, mezquino, irreal, ajeno. «Quizá haya vivido como no debía», se dice de pronto, y recuerda cuando el ujier del juzgado anunciaba al verle: «Llega el juez». ¿Quería decir algo llega el juez? Nada, pero qué culpa tenía él de esa carencia de realidad que se manifestaba ahora en el corazón de lo real.

Con la precisión de un bisturí electrónico, Tolstoi va levantando una red de mentiras que conciernen al lector tanto como al personaje del relato. En lugar (o además) de escribir una novela sobre la muerte, consigue llevar a cabo una autopsia de la vida que se traduce en un texto forense donde se describen, con tensión clínica, los nódulos de culpa, los adenomas de vanidad, las adherencias malignas, en fin, encontradas en la biografía de su protagonista.



Un siglo después de que fuera escrita, se lee como un texto contemporáneo, pues ninguna de las cuestiones grandes o pequeñas que se plantean a través de esta escritura contenida han perdido un átomo de vigencia. Herederos de ese naufragio de Iván Ilich que consiste en estar vivos, todavía no hemos encontrado una costa real hacia la que valga la pena dirigirse.

La novela posee la perfección y el ensimismamiento de una construcción mineral: parece el producto de los agentes atmosféricos sobre la naturaleza, pero no es más (ni menos) que el de una pluma que no colocaba sobre el papel una palabra antes de haberse asegurado de la consistencia de la anterior. Por eso, cuando se termina de leer, el relato cae sobre la conciencia del lector, impregnándola, como el cuerpo de Iván Ilich, una vez libre de las ataduras de la vida, se precipitará sobre la tumba. Y entonces dan ganas de hacerse sobre la novela las mismas preguntas que el agonizante, en el momento mismo del tránsito, se había hecho sobre la muerte: ¿Un texto perfecto era esta cosa tan sencilla, tan breve, tan clara, tan hermosa? Sin duda alguna, vale la pena morir la muerte de Iván Ilich para saberlo.

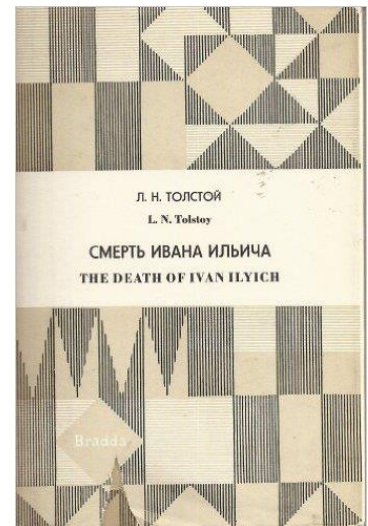
Tolstói. La muerte de Iván Ilich

(Revista Cultura Joven, España)

Al principio está la muerte; y la vida se explica en once entregas. La de Iván Ilich es la muerte de todos, es el estudio milimétrico de una vida, basada en la justificación, y de una muerte, anunciada sí, pero también fría y cruel, incapaz de negociar respuestas, de dar consuelo. León Tolstói, como Unamuno, dan vida, a finales del XIX, a una muerte en boca de todos. Una muerte que ya no reconforta a la emancipada mentalidad europea, que no significa otra vida, que es tan solo un muro, insalvable y empapado de recuerdos estampados. De vidas acabadas. Con La muerte de Iván Ilich Tolstói consigue enfrentarnos a todos con el pánico mundano de la propia defunción, desmontándola a través de la sucinta biografía de un funcionario judicial. El funeral en el primer capítulo, la vida en once entregas.

Solo alguien muy sabio, muy despierto o muy leído, puede no ser tan idiota por vivir en el mundo de la Historia, en el mito de la Historia. Todavía tan joven; en seguida se propuso como bastón de apoyo del cansado ánimo de la vieja Europa. La sociedad industrial desplegó en el continente un aire de crisis sobre la identidad espiritual individual, hasta el punto de provocar una auténtica ruptura con el aquel universal yo que, hasta ahora, se había visto salvaguardado y herméticamente defendido por el dogma. Pero la Historia salió al rescate, nació con intereses ocultos: las naciones la crearon para fabricar sus países, como se crea la argamasa antes de levantar un edificio. Lo que no sabían es que Clío iba a ser, desde entonces, nuestra única referencia, el único suelo sobre el que caminar. Y Europa cayó en el mismo error. La vida por la justificación, la vida caminada hacia atrás, la vida en base a los recuerdos. La vida desde la muerte. La frase más triste, y con la que todos comulgamos: vive un buen presente, para tener en el futuro un bonito pasado. ¡Estúpidos animales! ¡El presente es lo único que existe! Vívelo por lo que es, compón odas al instante, al segundo invencible.

El pobre Iván Ilich es la liebre que rompe el hilo en pos del final, nuestro testigo avanzadilla, el narrador de la muerte del yo. Pero no por la celebración de la vida, que sabemos ya extinta, sino por la nueva descripción moral de la muerte. Su funeral, al principio, da paso a un relato cerrado. Cualquiera esperaría un relato sobre la justificación de la vida de Iván Ilich; pero no, la biografía se titula como se titula: La muerte de Iván Ilich. Tolstói describe su vida, ralentizando el ritmo a medida que avanza, y se explaya, semana a semana, día a día, en la enfermedad y muerte del protagonista. Ilich ha basado su existencia en la corrección, en la adoración de los moldes, pero ante la muerte comprende su error, aprende a idolatrar el caos. Deduce, en la más triste soledad, que nada merece justificación, que la sólida realidad irracional de la muerte impide, por más que lo intentemos, que la vida tenga algún sentido. Que la vida tan solo se compone de instantes, y que pasado y futuro no son más que proyecciones enfermas, dañinas e irreales. Pero es tarde





para él. La muerte de Iván Ilich nos advierte de nuestro error. Tolstoi, quizá sin saberlo, nos mostró la puerta de escape del mito de la Historia.

La sensación, al leer esta breve novela, es que lo que dice no puede caber en tan pocas palabras. Es la condensación de un miedo natural, innato; en primer plano, en una calculada analepsis. Es la sombría reconstrucción del camino irremediable; y Tolstoi es preciso, le bastan pocos trazos. El sentimiento que más rápido nos invade es el de la tristeza, el de la debilidad: sentimos el peso innegociable de la mortalidad. Pero también sentimos una profunda compasión, por Iván Ilich, y por toda la raza humana. Pecamos de lo que descubre el personaje: que no nos importa que el hombre vaya a morir, sino que lo vayamos a hacer nosotros. Iván, León, Pablo. Todos. Y lo más triste, lo más sobrecogedor de la novela, es que Ilich, no solo muere solo, sino que vive solo; en compañía, pero solo. Con el silencio por respuesta, como Antonius Block.

No cometamos el error de vivir en función de lo que nos depara el futuro, porque entonces sólo nos quedará esperar la muerte.

Fontes:

[Revista Caras \(México\)](#)

[Revista Cultura Joven \(España\)](#)

[Revista de Libros \(España\)](#)

RECOMENDAMOS AS SEGUINTES LIGAZÓNS:

["La psicología de Iván Ilich de León Tolstói" \(Revista Cronopio\)](#)

["La muerte no existe" análise psicolóxica de "La muerte de Iván Ilich" \(Página 12, Argentina\)](#)

["La experiencia literaria de la muerte. En torno a 'La muerte de Iván Ilich' de León Tolstói" \(Revista La Colmena, UAMEX\)](#)

["León Tolstói y su pensamiento político: una interpretación de 'La muerte de Iván Ilich'" \(Revista de Derecho "Themis", Perú\)](#)

["La muerte de Iván Ilich: entre el paternalismo angustiante y el acompañamiento compasivo" \(Logoforo\)](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 - Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

Web: <http://www.oleiros.org/web/concello-oleiros/bibliotecas>